





# SONETOS



William Shakespeare

## **SONETOS**

Compilación y traducción de  
Edgardo Scott

**INTERZONA**

# INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

---

Shakespeare, William

Sonetos / William Shakespeare ; compilado por Edgardo Scott. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

60 p. ; 17 x 11 cm. - (Zona de tesoros)

Traducción de: Edgardo Scott.

ISBN 978-987-3874-77-2

1. Poesía Inglesa Clásica. I. Scott, Edgardo, comp. II. Scott, Edgardo, trad. III. Título.

CDD 821.3

---

*Sonetos* fue publicado por primera vez en 1609.

© de la traducción y prólogo, Edgardo Scott

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Diseño de tapa: Florencia Gabrás | Estudio KPR

Traducción y prólogo: Edgardo Scott

Corrección: Bettina Villar

Cuidado de edición: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## PRÓLOGO

1.

Justamente en la contratapa de una de las últimas ediciones de los *Sonetos*, uno de los últimos étlicos sabios ingleses, Peter Ackroyd, dice que Shakespeare es el más consumado genio de todos los tiempos; no hace tanto, el siempre un poco desmesurado Harold Bloom lo nombraba “inventor de lo humano”. Nuestra *summa* literaria y fuera de conjunto, Borges, en el final de su vida y de su obra, le dio a Shakespeare el estatuto o lugar de la creencia; y a propósito de los sonetos dice que la obra es “intrincada y oscura, precisamente porque es íntima. Nos depara fragmentos cuyo contexto no será revelado, nos deja oír respuestas a preguntas cuya respuesta siempre será dudosa”. Es decir que mientras Borges también se persigna y alaba a Shakespeare, no arriesga interpretaciones, no entrega explicaciones ni hipótesis; y como es astuto, nos dice que tampoco hacen falta: “El lector puede prescindir del incierto sentido de los sonetos, y deleitarse con su música y sus imágenes”. Tal es su parálisis o su inhibido desconcierto frente

a Shakespeare, que Borges –sí, Borges– admite y declina la posibilidad o imposibilidad de traducción: “Transcribamos otro pasaje, que no me animo a traducir”, dice y cita en inglés los cuatro primeros versos del soneto CXXIII. Por último, en un arrebatado de honestidad, por fin se rinde, por fin confiesa y al confesar, acierta: “Los sonetos de Shakespeare son confidencias que nunca acabaremos de descifrar, pero que sentimos inmediatas y necesarias”. Es eso, esa es la clave: *descifrar*. Cuatro siglos más tarde, todavía menos leemos a Shakespeare que seguimos descifrándolo. Descifrar como el acto supremo, como la mayor proeza de lectura. Como vanguardia.

2.

El soneto isabelino consta de tres cuartetos decasílabos de rima cambiante y de un dístico rimado. La traducción de los sonetos ha corrido suertes diversas, de estilo, de calidad, de método, de forma. Si bien ha habido intentos de trasladar la métrica inglesa al español, adecuarlo a las formas del soneto y del verso en castellano, ya en 1877 Matías de Velasco y Rojas, marqués de Dos Hermanas, hace una buena traducción en prosa (tal vez no sea casual el mestizaje: Velasco y Rojas era un español nacido en La Habana); de modo



que no se pierde en la búsqueda de trasladar o imitar métricas o rimas y privilegia el sentido, el color, el gusto. Pero como bien se sabe, así como la obra clásica no necesita actualizarse, la traducción de la obra clásica, sí. Numerosas (no incontables) han sido las versiones de los *Sonetos*. Yo he trabajado con varias traducciones españolas, con la flamante del colombiano William Ospina, con la rimada y notable de Andrés Ehrenhaus, pero sobre todo con los sonetos que tradujo el nunca del todo reconocido, aunque tan reconocible, Mujica Láinez. “La respiración espiritual de su creador”, decía Manucho a comienzos de los sesenta sobre el conjuro, el propósito a conseguir, su propósito al traducir poesía –siempre sospechada de intraducible–, y especialmente para traducir los *Sonetos*. Recrear, entonces, la respiración espiritual de su creador, es lo que intentó con gran eficacia Manucho. La distancia, y distinción, quizá entre *Creador-Shakespeare* (suspender el fantasma, el ominoso nombre propio, como sombra tutelar y terrible) es la que también busqué yo mismo. Apenas recrear a un creador. Y en ese decasílabo o endecasílabo e infernal paraíso shakespeariano, Manucho no solo me ha asistido sino que me ha guiado con sabiduría.

3.

Los sonetos se publicaron por primera vez en 1609. Shakespeare tenía –¿tendría, debería tener?– 45 años. Siempre teniendo en cuenta que murió a los 52. Cifras. Números. Supersticiones de nuestra era. Los estudiosos proponen que habría escrito los sonetos a lo largo de al menos diez años. También sugieren un lector –una lectora, un destinatario, una amante– privado. Un lector privado, una mujer inspiradora y receptiva de la que nunca sabremos el nombre. Los sonetos como cartas. Como postales de amor. Por eso hay ediciones donde se titulan de ese modo, *Sonetos de amor*. Los sonetos no son óperas ni conciertos, son, precisamente, una música de *cámara*. Una larga y amorosa y devota y sofisticada serie de nocturnos o sonatas breves.

4.

Todos nos hemos buscado y encontrado en Shakespeare. Shakespeare es un gigantesco espejo solar, una galaxia, una inagotable nave nodriza que alguna vez inventó y definió nuestra tragedia y nuestro canto. Y así seguirá siendo por mucho tiempo. Por eso Víctor Hugo, por eso Joyce, por eso Borges. Por eso Auden, por eso Idea Vilariño,

por eso Allen Ginsberg. Por eso Morrissey, por eso Rufus Wainwright. Todos en algún momento van, han ido, irán hacia Shakespeare; escuchan el llamado, pero no como si fuera el llamado de la especie o de la sangre; no un llamado antiguo, por el contrario, un llamado contemporáneo, un llamado reciente. Todavía Shakespeare es la gran cifra de nuestra experiencia, un misterio, un jeroglífico que nos diseña y en el que todavía trabajamos, y que por supuesto aún no hemos descifrado del todo. “Todo lo existente es traducción”, dijo Murena. Difícil, ardua, extenuante traducción. Por eso siempre la comodidad –la objeción, la necesidad– de dudar de su existencia. Todavía en Shakespeare perdura el enigma y su misterio. Por eso, y como un desliz, muchos han puesto en cuestión su concreta, material, corpórea existencia; o la han multiplicado. Otros, los académicos, persiguen como espías el rumbo de ediciones y manuscritos. Pero no encontrarán ahí ni el centro del laberinto ni al minotauro. El misterio de Shakespeare, como la carta de Poe, sigue estando a la vista, en la delicada y compleja interlocución de su mensaje. En el absoluto sentido de su palabra y de su lengua.

5.

“Oh, el mejor hábito del amor es parecer verdadero” (*O, love's best habit is in seeming trust*). Soneto CXXXVIII. Parecer verdadero. Ninguna otra verdad. Ninguna otra apariencia. Ningún otro amor. También Shakespeare *parece* verdadero, lo sigue pareciendo, y por eso lo *es*. No hace falta más. Con ese modesto prodigio estos sonetos se vuelven insuperables. O como el amor: imprescindibles.

EDGARDO SCOTT

## NOTA

Se reúnen en este volumen 45 sonetos de los 154 que integran la edición original. Se les ha dado un orden a la vez caprichoso y aleatorio. Un orden nada lineal –¿quién puede leer en forma lineal un libro de poemas?– que trata de imitar ese ir y venir, ese dejarse tentar, precipitarse y volver –acaso faltaría repetir, releer–, tan propio de la arrobada y curiosa lectura de poesía. Pero también la selección es una antología en su carácter o voluntad simbólica: reúne, o intenta reunir, los sonetos más citados, estudiados y admirados de William Shakespeare.



# I

De las más hermosas criaturas deseamos nacer  
Así la belleza de la rosa no podría morir nunca,  
Y cuando el ser maduro enfermara con el tiempo,  
Su tierno heredero podría guardar su memoria:  
Pero tú, ocupado en el brillo propio de tus ojos,  
Alimentas la llama de tu luz con tu elemento,  
Y hambre produces donde yace la abundancia,  
De ti mismo, enemigo, demasiado cruel con tu  
dulzura.

Tú que eres del mundo hoy fresco adorno,  
Y heraldo solamente de la ordinaria primavera,  
En tu propio capullo, sepultas tu alegría,  
E, idiota tierno, te echas a perder en avaricia.

Del mundo ten piedad, o vorazmente,  
Entre tú y la tumba, comerán del mundo  
solo lo debido.